

**Presentación de ¿Cómo nos vemos los tapatíos? Encuesta de Percepción
ciudadana de calidad de vida en el área metropolitana de Guadalajara.
Jalisco Cómo Vamos, Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida
Palabras de María Guadalupe Morfín Otero
13 de diciembre de 2011**

Muy buenas noches; me alegra estar tan bien acompañada por tan buenos amigos como los dos Guillemos, de la Peña y García Oropeza, José Luis Leal Sanabria, Eduardo López Moreno, de ONU Hábitat —de quien fui vecina muchos años—, por Luis Aguilar, y por el mismo David Gómez Álvarez, caporal mayor del Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida, auspiciado por la Fundación Álvarez del Castillo, Extra, A.C., y el Iteso, la Universidad jesuita en Guadalajara (aunque esté en mero Tlaquepaque).

Ya desde julio nos fueron presentados los prolegómenos de la *Encuesta de Percepción ciudadana sobre calidad de vida ¿Cómo nos vemos los tapatíos? 2011*. Y aunque como nueva criatura ya daba desde entonces patadas firmes en el medio local, ahora revela sus plenos colores y matices. Se trata de un texto no sólo esperado y útil, sino necesario, para comenzar a mirarnos en estas gráficas y comenzar a hacer otras preguntas pertinentes, y a rellenar con ellas los pays en rebanadas y los tubitos a colores agregados que vayan definiendo qué tan a gusto estamos en esta urbe, o si de plano queremos irnos a Hostotipaquillo o La Peñita de Jaltemba o a la Isla del Padre o a Houston a dirimir nuestro destino.

26 cadáveres depositados bajo los Arcos del Milenio los días previos a la mayor feria cultural del continente, la FIL, serían motivo suficiente para decir “nos largamos a Mérida o a Querétaro”. Pero rellenando los pays y los tubitos, de las encuestas que vendrán, y de las futuras preguntas que el equipo coordinado por David, e integrado por Rebeca Bross Jaime, Rafael García Aceves, Víctor Armando Ortiz Ortega, Germán Petersen Cortés, entre otros, y por los Equipos Temáticos tan rica y pluralmente conformados por expertos y expertas, también habrá quien, por ese mismo trágico hallazgo diga: “ahora me quedo. Aquí es necesario plantarme para que nunca más vuelvan a hacer esto. Para que mis pasos, mi palabra, mis decisiones de cada día lleven a la

posibilidad quizá no de ser felices –pues eso ninguno se lo puede garantizar a nadie-, pero sí a la certidumbre de haber hecho todo a mi alcance para merecer la felicidad.”

La calidad de vida es un concepto, dicen en la página 165 nuestros editores de la Encuesta que presentamos, utilizado para medir y evaluar el bienestar de individuos y sociedades. Los indicadores se dividen en tres grupos o dimensiones. Primero, capacidades y oportunidades, como educación, salud, empleo. Segundo, el entorno donde se desarrollan las actividades: espacio público, medio ambiente, vivienda. Tercero: el contexto social e institucional que limita y ordena la vida de las personas, como gobierno, ciudadanía y justicia. Calidad de vida y bienestar son multidimensionales y complejos (ahí entran rebanadas de pie y tubitos a colores que convendrá matizar y rellenar más adelante a medida que se afine el conocimiento que vayamos teniendo de nosotros mismos como habitantes de esta urbe). Este concepto tiene perspectivas subjetiva y objetiva según sea individual o evaluación externa.

Yo me eché un clavado en la percepción subjetiva de la calidad de vida respecto de los quince componentes que se relacionan con ella, que es la parte de la edición que viene al final. Los encuestados, al responder en una escala del uno al 100 sobre su calidad de vida, respondieron con un promedio de 74, lo que subió, al repetir la pregunta al final del cuestionario, a 76; es decir, quizá estemos mejor que como calificarían los habitantes de Tijuana, Ciudad Juárez, Monterrey, Matamoros, la Comarca Lagunera o Nuevo Laredo su propia calidad de vida. Qué chiste, dirán, pues si ahí está el narco. Pues mayor chiste tendrá la continuación de esta encuesta entre nosotros, tras los 26 hallazgos, más los que los precedieron y los que han seguido, de hombres y mujeres, ahora que para nuestro infortunio, ya vamos aportando sangre de nuestra tierra a las lides libradas sobre todo de Veracruz, al norte, por el lado del Golfo, y de Nayarit hasta Playas de Tijuana, por el lado del Pacífico, aunque también por Guerrero esté muy presente el problema. Ya vamos sabiendo que del flagelo de la delincuencia organizada ninguna entidad federativa está exenta, lo cual no es consuelo, sino compromiso para caminar y a tejer sociedad en un sentido distinto, impregnado de ética ciudadana, de valores democráticos vividos cotidianamente, y comenzar a ser leales con

nuestros hijos y nuestros nietos de una manera que haga que no nos avergoncemos ante ellos el día que nos vengan con los últimos aceites a dar las bendiciones postreras, si es que tenemos chance y así lo decidimos.

La verdad, eso de la felizología parece que sí se nos da, pues 78 puntos es el promedio, en una escala del 0 al 100, al responder la pregunta sobre si los encuestados se consideraban muy felices, algo felices, poco felices o nada felices. Algo sospecha en mí sobre si fue hecha la encuesta algún día que ganaron las Chivas, o el Atlas, o andaba de visita Jimena Navarrete, pero me quedo con la duda.

Tres preguntas generales, quizá cuatro, convendría plantearnos, y muy en serio, en torno a trabajos como el de la Encuesta que hoy se presenta ya completa e impresa. ¿Es posible medir la felicidad? ¿Medir la felicidad sirve para vivir en una democracia de calidad? ¿Y qué pasa con la vergüenza que nos puede dar admitir eso que los portugueses llaman *saudade*, los italianos *malinconía*, los expertos de la salud mental depresión y que podemos traducir como infelicidad? Es algo poco confesado socialmente, quizá por miedo a ser tachados de ingratos al vivir en este todavía agradable lugar que no llega a los climas extremos ni de la Tarahumara ni de las tierras cachanillas, en el pozo de Mexicali. ¿Cómo podremos medir los estados nublados del alma que coexisten con la voluntad de disponernos al gozo que el pan nuestro de cada día ofrezca?

Observatorios como el de Jalisco Cómo Vamos intentan, con su esfuerzo, dar tejido y firmeza y texturas distintas a la primera pregunta a través de un sistema de indicadores diseñado precisamente para medir la felicidad, algo que es subjetivo pero que tiene un componente social, algo que es intangible, pero que también se puede traducir en condiciones o prerrequisitos necesarios y a veces mesurables para contar con calidad de vida y bienestar. Y además, en este caso, lo hacen separando por municipios las respuestas. Quisiera prevenir a los tomadores de decisiones (algunos están muy atentos) para que no se sientan exitosos y confiados ante ese 76 de promedio o incluso un 78, sino alarmados por esos 10 o 20 puntos que faltan para afirmar la vida que se tiene.

Allí, yo animaría al equipo del Observatorio a poner más notas de pie de página: no es lo mismo medir el bienestar que causa el trabajo de un alcalde que revierte un desastre heredado de la administración anterior, que medir el realizado con buen puntaje incluso por un alcalde dedicado a destruir lo valioso iniciado por su predecesor. En ese sentido, los números no son absolutos nunca: son necesarias las historias, el sentido de memoria que esta sociedad cultive, para el justo orden de los matices. Por eso tiene sentido la continuidad de las encuestas y determinar si se hacen al principio de una administración, al final, en medio. Eso, por lo que atañe a la gestión pública.

En cuanto a la segunda pregunta, ¿medir la felicidad sirve para vivir en una democracia de calidad?, por grande que sea el empeño de los hacedores de metodologías como la del Observatorio Ciudadano al realizar y difundir sus encuestas, el suyo es un tramo importante y valioso, pero la respuesta completa está en manos de los múltiples actores de la urbe en cuyas manos se ponen los resultados de esta Encuesta. Son manos de tomadores de decisiones en muy distintas modalidades: ciudadanos de a pie que votan, funcionarios y servidores públicos que aplican políticas públicas, partidos políticos que presentan programas y candidaturas y asumen estilos de discusión de los problemas colectivos, universidades públicas y privadas que forman conciencias y educan a sus alumnos para tener un sentido de presencia positiva ante los desafíos de su tiempo, medios de opinión que ayudan a entender y a conocer las aristas de un mismo tema de discusión pública, empresarios que apuestan por ser solventes económicamente pero no nomás, sino con una ética pública en su forma de ser productivos.

En fin, en las manos de todos los que aquí vivimos, aquí compartimos el aire, sea el de la barranca, el de Miravalle, el de nuestra mayor catástrofe y mayor responsabilidad, que es el del Río Santiago, o el de Los Colomos, o las Villas Panamericanas (espero haya sido al menos paliado el desastre ambiental causado por las prisas panamericanas y por permitir estadios y otras urbanizaciones en el Valle del Bajío), está la posibilidad de aprovechar estas encuestas como vehículo hacia una democracia de calidad, una democracia donde ser ciudadano cuente, independientemente del barrio donde se haya

nacido, o si se fue a una escuela pública o privada, o si se vive en una casa del Infonavit o en un coto de esos donde hay un gastadero de luces de Navidad en estas fechas.

Hay un muro de cinismo político detrás del que se pertrechan algunos en cargos públicos. Muestra de ello son las casitas y ranchos de diputados y ex diputados, el irrevocable cargo del Auditor del Congreso; la lozanía política de que goza un diputado federal que cuando fue síndico municipal dio cientos de permisos urbanos al margen de la normatividad justo la víspera de dejar el cargo para luego brincar al bendito fuero. Ese muro, más el desprecio por el bienestar colectivo, la traición a las promesas de campaña o a los idearios de partido, cualquiera que sea, la indolencia ante el sufrimiento de los semejantes, ese muro y todas esas pulgas que brincan en la piel de lo que hemos dado en llamar, salvo honrosas excepciones, “nuestra clase política local”, pueden ser taladrados por la conciencia y el caminar ciudadano y a eso ayuda el caudal de datos que ofrecen encuestas como esta.

Saber qué tan satisfechos se sienten los ciudadanos con sus actividades (según la encuesta 90% piensa que ve demasiada televisión, 15% anhela más actividad familiar, 15% más deporte; 13% más parques, así como en menores proporciones aunque significativas, anhelan más cines, museos, conciertos y tiempos para lectura), qué tan satisfechos se sienten con determinados servicios, con la movilidad en su urbe, con la calidad de la vivienda, los servicios de telefonía, de internet, la recolección de la basura, permitirá a los no indolentes, empresarios o funcionarios, rectores universitarios, directores de medios, y etcéteras, asumir responsabilidades y empujar agendas, y a los ciudadanos, votar por uno o por otro, y hasta optar por el voto nulo y exigir que se contabilice y se castigue financieramente a los partidos por él, como debe suceder en las democracias de calidad. Hay que poner atención a lo más demandado en los espacios públicos, como parques y en particular banquetas, esa tarjeta línea de presentación de la civilidad de una ciudad.

Una alta exigencia democrática debe animar los trabajos de Observatorios como éste: la de hacer visibles las exclusiones, las marginaciones, los olvidos. Según la Encuesta, 67% de los encuestados usan camión; 77% está

insatisfecho con el trato al peatón y a los ciclistas; 67% deplora el estado de las calles; 61% lo hace con el transporte público. 25% se queja de que sí le pidió mordida un poli municipal de Guadalajara, frente a un 7% que se queja de lo mismo en el municipio de El Salto.

Me detengo en el tema de la tolerancia no sin dolor como tapatía nacida aquí y que ama esta ciudad. En ella, mi tierra, hay un altísimo índice de intolerancia –similar a los tiempos en que se usaba el martillo contra las brujas-, hacia los homosexuales (46% frente a 47% de tolerancia, dice la Encuesta) y hacia las mujeres que por la razón que haya sido, han asumido la decisión de interrumpir un embarazo (45% frente a 42% de tolerancia, dice la misma fuente). Esto nos coloca de cara a un rostro duro de nuestra sociedad que nos llama a rehacer puentes de diálogo, a intentar nuevas miradas, nuevas comprensiones, para que los derechos humanos de la comunidad Lésbico, Gay, Bisexual, Travesti y Transgénero (LGBTT) y el derecho de las mujeres a decidir según su conciencia, sean una realidad vigente, y a tratar de salvar vidas de los nacidos y de los no nacidos pero no a costa de la piel de las madres en prisión. A 60 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, no podemos, basados en criterios religiosos o éticos, considerar menos humanos o humanos con menos derechos, a personas que tienen una orientación sexual diferente de la que tiene la mayoría. Las grandes religiones, todas, se basan en un espíritu de compasión, respeto y apertura al misterio de Dios que se hace presente en el rostro del otro, de ese que no somos, pero que al ser tan humano como nosotros, nos recuerda lo que nos falta, y al ser diferente, nos completa.

Para concluir, quiero decir que cuantificar con un espíritu neutral, en aras del interés colectivo, para explicarnos lo que sucede, cómo nos percibimos, qué reumas o migrañas nos aquejan, qué nos gusta y qué celebramos de nuestra metrópoli, es el desafío del Observatorio: que sea una herramienta al servicio de todos, una herramienta que nivele, dé balance, ayude a equilibrar nuestras profundas desigualdades.

El pasado jueves 8 de diciembre, en una tarde fría, me tocó presenciar en la esquina de la Avenida Américas y la Avenida México en nuestra Guadalajara

en un alto del semáforo esta escena, mientras iba yo en mi cómodo automóvil: un anciano solo, cuya edad rebasaba los 90 y cuya capacidad motora era muy limitada, se atrevió a cruzar a pie la avenida Américas cuando estaba ya por ponerse la luz verde. No alcanzaría a cruzarla a salvo. Ya sonaban los claxonazos de los carros de atrás de mí. Quienes lo protegieron, se hicieron cargo de él, lo llamaron abuelo, fueron a su alcance, previeron el problema en que se había metido, lo cruzaron tomándolo del brazo, fueron un par de limpiaparabrisas que enfrentaban en pura camiseta su oficio hecho de tirar agua y espuma entre las bajas temperaturas para recibir unas monedas que les permitieran el pan cotidiano. Me pregunté ¿quién será capaz de medir la ternura de esa escena, de diseñar el indicador que nos diga que no sólo de dinero y de progreso estamos hechos, sino de esos intangibles que nos hacen reconocer que somos también tribu entrañable, fraterna, cuando nos ponemos en los zapatos de los otros?

Muchas gracias